

sobre las representaciones empíricas de la sensibilidad; la ciencia parte de la experiencia, pero traspasa los estrechos límites de la misma experiencia, es universal y absoluta.

La universalidad de las ideas deriva de la abstracción, son más bien puntos de vista diversos de una misma forma mental; por lo mismo que la idea abstracta representa los objetos sin las condiciones particulares de existencia, la concebimos realizable en un número indefinido de existencias. Abstraer y generalizar son dos funciones intelectuales solidarias; por la primera, la inteligencia ve en la percepción particular el concepto general; por la segunda, ve en el concepto general contenido lo individual. Se ha llamado á la simple abstracción *universal potencial*, y á la generalización *universal reflejo* ó en acto. Abstraídos los caracteres individuales de lugar y tiempo y de existencia concreta, queda el concepto indeterminado, con posibilidad de realizarse en un número ilimitado de existencias, y este concepto, así emancipado de lo individual, es el concepto lógico representativo de la esencia pura, es decir, de lo posible. A la vista del tintero que tengo presente, de forma y dimensiones determinadas, concibe mi inteligencia la idea abstracta de prisma que puede adoptar infinitas formas y dimensiones. En esta generalización lógica, de derecho, el espíritu procede, no por comparación de experiencias, sino por intuición y reflexión sobre el concepto; una sola experiencia le basta para pasar de lo individual y concreto á lo universal. ¿Pero cómo legitimar este tránsito brusco de lo particular á lo universal? Desde luego, en el orden de los hechos, lo particular sólo se contiene á sí mismo, y un tránsito semejante sería ilegítimo. Pero no así en el orden lógico; porque, si desde el punto de vista de la extensión, lo universal es más que lo particular, desde el punto de vista de la comprensión es menos, y está contenido en lo particular; y la generalización lógica tiene su origen en el análisis de la comprensión, no procede por síntesis de lo particular comprendido en la extensión. La inteligencia concibe que lo que es una vez pue-

de ser siempre, y lo que se da una vez en la experiencia, teniendo su razón de ser, existirá siempre que se den estas razones.

7.—Diferente de esta generalización que pudiéramos llamar de derecho, porque expresa lo que debe y puede ser, es la generalización de hecho, que expresa lo que es, y ordena en conceptos ó tipos universales los objetos existentes en la naturaleza. Porque, aunque lo posible es ley necesaria de lo real, lo real es sólo una parte mínima de lo posible, y de mis conceptos posibles no puedo yo pasar á lo real. La ciencia de lo real clasifica y ordena los seres de la naturaleza por medio del discurso, comparando semejanzas y diferencias; analizando las distintas propiedades de los seres, funde en un solo concepto las semejanzas y elimina las diferencias, y forma así por adición y sustracción tipos genéricos. Encuentra primero que todos convienen en el ser, y forma este concepto, el más indeterminado y transcendental; en todos los seres encuentra algo permanente en medio de las mudanzas, que existe en sí y por sí, por oposición á las modificaciones que no tienen existencia propia, y forma los conceptos reflexivos de substancia y accidente; y así, comparando semejanzas y diferencias, forma la cantidad y cualidad y las demás categorías ó generalizaciones supremas del pensamiento. En las ciencias de la naturaleza observa ciertos caracteres más visibles y constantes que predominan sobre los demás, y agrupando los seres que participan de caracteres comunes, forma los tipos generales de clasificación científica; y como no siempre es posible determinar los caracteres de más importancia manifestativos de la esencia específica de los seres, de ahí lo artificioso y arbitrario muchas veces de las clasificaciones científicas, que se van sucediendo unas á otras á medida que se ahonda más en el conocimiento de la naturaleza, y caracteres que antes parecían los más importantes, son relegados después á lugar secundario. La inducción científica no difiere realmente de

9779

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

esta generalización; consiste en resumir en una fórmula general determinadas y semejantes relaciones de los seres; las leyes de la gravedad, de las combinaciones químicas, son fórmulas que sintetizan en un concepto general las acciones y reacciones de los cuerpos, que no son otra cosa que sus mutuas relaciones; porque en la naturaleza todo se reduce á formas y actividades; la generalización propiamente dicha expresa la síntesis de las formas, y las leyes de la inducción son síntesis de las actividades.

La generalización é inducción científicas son sistemáticas, reflexivas, proceden del análisis comparativo de los objetos; en la generalización lógica, por el contrario, no entra para nada el discurso; es intuitiva, espontánea y acompaña á todo ejercicio del pensamiento. En la primera se requieren experiencias repetidas; para la segunda basta una sola experiencia, y de un salto pasa la inteligencia de la percepción concreta á lo universal posible y absoluto. Y así como el conocimiento espontáneo precede necesariamente, y es la materia del científico, así la generalización lógica es condición necesaria de la científica; la organización en la ciencia de los conceptos supone la existencia de estos conceptos ya formados. En efecto: á toda comparación analítica de semejanzas y diferencias han de preceder necesariamente los conceptos de lo semejante y diferente, como realizables en muchos casos, y, por consiguiente, la existencia de conceptos universales aplicables á multitud de experiencias. La experiencia por sí sola nunca conduce á lo general, es necesaria la intervención de conceptos universales espontáneos: de otro modo, las generalizaciones é inducciones sólo tendrían valor para los casos observados y no podrían extender sus aplicaciones más allá de los límites de lo experimentado; y el sabio construye la ciencia, no para un número determinado y limitadísimo de casos por él observados, sino para siempre, sin distinción de tiempos y lugares; sus categorías y leyes abarcan lo posible, lo que ha sido, existe y existirá; la ciencia es universal y absoluta.

8.—Por lo mismo que son abstractas y universales, son también absolutas y *necesarias*: despojadas, en efecto, por la abstracción de las condiciones de existencia, su valor es absoluto, independiente del tiempo y espacio, concibiéndose como realizables siempre y necesariamente; nuestra inteligencia concibe como necesarias las condiciones de posibilidad ó imposibilidad de su pensamiento, ve la necesidad en el contenido objetivo de las ideas y en sus relaciones mutuas. Aunque no hubiera espacio, el triángulo sería siempre y necesariamente posible y realizable en sí mismo, y esto, no como pura forma del espíritu, sino objetivamente; aunque desapareciera del mundo toda inteligencia capaz de concebirle, éste seguiría siendo posible; igualmente concebimos como necesaria y absolutamente imposible un sér nuevo sin causa, ó un triángulo cuyos ángulos sumen más ó menos de dos rectos. El matemático concibe ideas y problemas que quizá nunca se han dado en la realidad, y desde luego nunca ha percibido en la experiencia, y su inteligencia los concibe como leyes internas necesarias de toda realidad y toda experiencia.

Esta necesidad interna de las ideas es la ley fundamental del pensamiento, la base de nuestros juicios y razonamientos necesarios y absolutos. No podría, en efecto, haber verdades ni juicios necesarios, si de alguna manera no entrañaran esta necesidad los elementos conceptuales del juicio. Nuestra inteligencia concibe el sér y el no sér como excluyéndose absoluta y necesariamente; todo fenómeno de la naturaleza en contacto con la inteligencia despierta la idea de causa, quizá no dé con la causa particular y concreta determinante del fenómeno, pero sabe que siempre y necesariamente todo sér que viene á la existencia, deberá tener su causa ó razón suficiente. El concepto de esfera envuelve relaciones necesarias con otros conceptos de superficies, ángulos, líneas y otro sinnúmero de propiedades, las cuales guardan entre sí relaciones invariables y absolutas. No se puede concebir que el principio de causalidad pueda ma-

ñana no ser, ó ser aquí y no en otra parte, ó sufrir excepción en un caso particular; ni que las relaciones entre el concepto de esfera y las propiedades y corolarios que derivan de su análisis puedan variar jamás.

9.—Este carácter absoluto y necesario del pensamiento, que expresa, no lo real, sino lo posible, será siempre el eterno tormento, enigma indescifrable para cuantos buscan en los datos empíricos de la sensibilidad, la génesis y el fundamento únicos de la inteligencia. Los datos de la experiencia sensible son siempre particulares, determinados en tiempo y lugar, y jamás podrá con ellos solos constituirse las leyes y principios del pensamiento que tienen extensión universal aplicable, no sólo á lo experimentado, sino á lo posible, independiente de todo tiempo y lugar. Por mucho que multiplique el sabio sus experiencias, éstas nunca podrán igualar al contenido de la ley general: las experiencias son siempre parte infinitesimal de la ley.

Si pues sentir é imaginar es percibir pasivamente los fenómenos variables y concretos de la realidad, y pensar es conocer esta realidad en lo que tiene de permanente, universal y necesario, es preciso admitir una facultad que penetre en ese fondo inaccesible á los sentidos, y esta es la inteligencia con sus ideas; porque la necesidad se halla de algún modo en el fondo de nuestro espíritu, lo mismo que en el de las cosas. Allí donde no hay más que sensibilidad, la representación de los objetos semeja á la imagen inerte y pasiva de una placa fotográfica, no va más allá de lo accidental, de la envoltura exterior: en presencia de la sublimidad del firmamento en una noche serena, ó de un hermoso paisaje de la naturaleza, la vista del animal se limita á la perfección estúpida de las impresiones orgánicas, nada hay en él que revele un ideal, asomo de inteligencia, á lo más excitará la representación inconscientemente sus apetitos ó sus instintos, si hay algo en ella que pueda satisfacer alguna necesidad. En presencia de una inteligencia y más si es

cultivada, todo se inunda de luz intelectual, un mundo de conceptos ideales se proyecta sobre las impresiones sensibles, poniéndonos en comunicación con la verdadera realidad envuelta bajo las apariencias empíricas; la inteligencia rectifica estas apariencias de los sentidos (las estrellas, que para la vista son puntos luminosos fijos situados á corta distancia, se convierten á la mirada intelectual en globos inmensos á distancias inconmensurables describiendo órbitas infinitas), analiza y descompone la realidad, explica sus causas y sus fines, contempla la armonía y belleza del conjunto: la inteligencia, en una palabra, con su acción mágica y poderosa, descubre en el fondo empírico de la sensibilidad, nuevos mundos de horizontes infinitos. Comprender y explicar la naturaleza es ver en las apariencias sensibles la realidad de las cosas, en el fenómeno la ley y su causa substancial, en lo concreto, particular y contingente, lo abstracto, universal y necesario.

10.—Nuestra exposición acerca de los conceptos ha sido hasta aquí puramente analítica y descriptiva; nos hemos limitado á presentar los hechos tales como aparecen á la mirada de la conciencia, haciendo resaltar sus caracteres propios y diferenciales en relación con las demás formas de la conciencia, y, sobre todo, con las representativas de la sensibilidad, por ser las más similares. Dos conclusiones se infieren de este análisis, respecto de las cuales no puede haber desacuerdo, porque son simplemente resumen ó síntesis de los hechos: primera, la existencia de las ideas ó conceptos generales y abstractos, y segunda, su carácter objetivo. En efecto, las representaciones del pensamiento aparecen á la conciencia, tanto en sí mismas como en sus conexiones mutuas, sometidas á formas y leyes diversas de las que rigen la asociación de sensaciones; y aparecen, no como formas que salen del fondo de la conciencia, sino como representativas de objetos distintos y opuestos á ella. Pero los hechos exigen una interpretación, una explicación, y esta es la obra de la cien-

cia. La psicología, como cualquiera otra ciencia, no debe limitarse á registrar hechos; esto es necesario, pero no es la ciencia propiamente dicha. La labor científica consiste principalmente en la explicación de las cosas por sus causas; en coordinar las experiencias, armonizar sus contradicciones aparentes rectificando unas por otras, en formular leyes generales. Y bien pudiera suceder que de esta labor interpretativa resultara ilusoria, si no toda, parte al menos de la experiencia. ¿Acaso las ciencias de la naturaleza exterior no tienen como fin importante, rectificar gran parte de las experiencias de los sentidos, por haber resultado engañosas? ¿Y qué autoridad habrá de merecer la experiencia interior de la conciencia, si ésta vive también de apariencias, expuesta á ilusiones tan frecuentes respecto de su mundo interior, como los sentidos respecto del mundo exterior? ¿Quién nos asegura entonces, que la universalidad y necesidad de nuestros conceptos, las relaciones necesarias y absolutas de nuestros juicios y razonamientos, con que rectificamos y juzgamos en última apelación el valor de toda experiencia, son así como aparecen, ó ilusiones engañosas? Porque hay que tener en cuenta que en la experiencia externa la inteligencia rectifica unos sentidos por otros; pero en la interna no hay más que una conciencia, que es á la vez la inteligencia misma, y una de dos cosas: ó el aparecer es aquí idéntico al ser, ó es necesario renunciar al pensamiento, condenado por su propia naturaleza á duda perpetua y necesaria, por imposibilidad de discernir entre lo ilusorio ó aparente y lo real.

¿Cuál es el valor de la conciencia respecto de sus propios estados? Prescindiendo ahora del contenido objetivo de las representaciones, es indudable que estas representaciones, en cuanto fenómenos de conciencia, son como aparecen á la vista del espíritu: aparecer y ser son aquí idénticos. Se comprende que la realidad exterior, antes de ponerse en contacto con la inteligencia, pueda experimentar alteraciones al atravesar los medios orgánicos y sensibles, y llegar al espíritu profundamente modificada; se comprende que el mundo

exterior pueda así presentarse á nosotros de distinta manera de como es; pero en el mundo interior de la conciencia, y sobre todo, de la conciencia racional, donde no hay medio alguno que se interponga entre la inteligencia y su objeto, donde el sujeto y el objeto del conocimiento son uno mismo, es fuerza que los fenómenos presentes al espíritu aparezcan como son en sí; el relativismo no tiene aquí aplicación posible. Puede el escepticismo, aun el más radical, pretextar algún fundamento, mientras permanezca confinado fuera de la conciencia; al atravesar estas fronteras, la razón se suicida á sí misma, la inteligencia se convierte en una contradicción, en un absurdo viviente. Todo es ilusión y tinieblas en su derredor, y ella es para sí misma una ilusión perpetua. Si pues el pensamiento aparece á la conciencia con los caracteres antes examinados, si las ideas, juicios y racionios se presentan á ella; como abstractos, necesarios, universales y absolutos, es porque son así como aparecen.

«No es posible sustraerse á la intuición directa y concreta de la conciencia tratándose de hechos ó estados del alma. Que el escéptico se abisme en su duda cuanto quiera, que dude hasta de su duda y simule ignorar si su vida es un sueño, no pensará ni hablará sin suponerse existente, sea en la duda, sea en la ignorancia. La conciencia manifiesta los fenómenos del yo tales como aparecen; si ella es muda sobre la naturaleza de estos fenómenos, es testimonio incorruptible, absolutamente seguro respecto de su existencia...»
«Y la conciencia atestigua, no solamente los fenómenos del yo, sino también el no-yo presente de alguna manera al yo, la razón objetiva de ser en el concepto que la expresa. Ahora bien; no es menos infalible en este segundo testimonio que en el primero, puesto que en realidad es uno solo y único su testimonio, que recae sobre un solo hecho de dos aspectos; el acto del conocimiento se revela á la conciencia como síntesis del yo y del no-yo; el concepto aparece con una relación subjetiva y una relación objetiva. Si, pues, los datos de la conciencia son irrecusables en cuanto se refieren al yo,

lo son igualmente en cuanto se refieren al no-yo, puesto que son los mismos. Más aún: la intuición inmediata del yo no sería posible sin la intuición inmediata del no-yo, es decir, de la razón objetiva de ser, en el concepto que la representa» (1).

De donde se sigue, que si la conciencia presenta los hechos tales como son, sin modificarlos, sin alterarlos, toda interpretación, toda teoría del pensamiento, para ser científica, positiva y racional, debe recibir estos hechos según se presentan al análisis interior, sin deformación de ninguna clase, sin imposiciones ó prejuicios *a priori*; porque no son los hechos los que han de adaptarse á teorías preconcebidas, sino al revés, las teorías deben plegarse á las condiciones de los hechos.

Hasta aquí los hechos; en los §§ siguientes las teorías.

Comienza Spencer sus «Primeros principios» con estas sabias palabras, que vienen muy á propósito de las diversas y contradictorias teorías acerca de la inteligencia humana: «Siempre hay un fondo de bondad en las cosas malas, así como siempre hay un fondo de verdad en las cosas falsas.» De ordinario, en efecto, suelen ser los errores, y muy especialmente lo son en este caso, exageraciones de algo que es verdadero, vistas unilaterales y exclusivistas de las cosas, determinadas por una especie de miopía mental ó de estrechez de espíritu, falta de amplitud para abarcar la realidad integral. El pensamiento es fenómeno empírico, es también actividad innata de la conciencia, es forma ideal unificadora de la experiencia y también fuerza ó principio de adaptación vital; pero, ¿es cada una de estas cosas sola y exclusivamente como lo pretenden, cada uno por su parte, el empirismo, el innatismo, el formalismo apriorista y el

(1) Peillaube: *Théorie des concepts*, pág. 391.

pragmatismo? ¿O no será más bien todas ellas; pero además, primero y principalmente, una traducción mental del ideal objetivo inmanente en la realidad, como lo pensó Aristóteles, el genio mejor equilibrado y más comprensivo de la filosofía, y con él la gran tradición escolástica? Tales son las teorías que nos proponemos examinar como complemento de los hechos analizados.